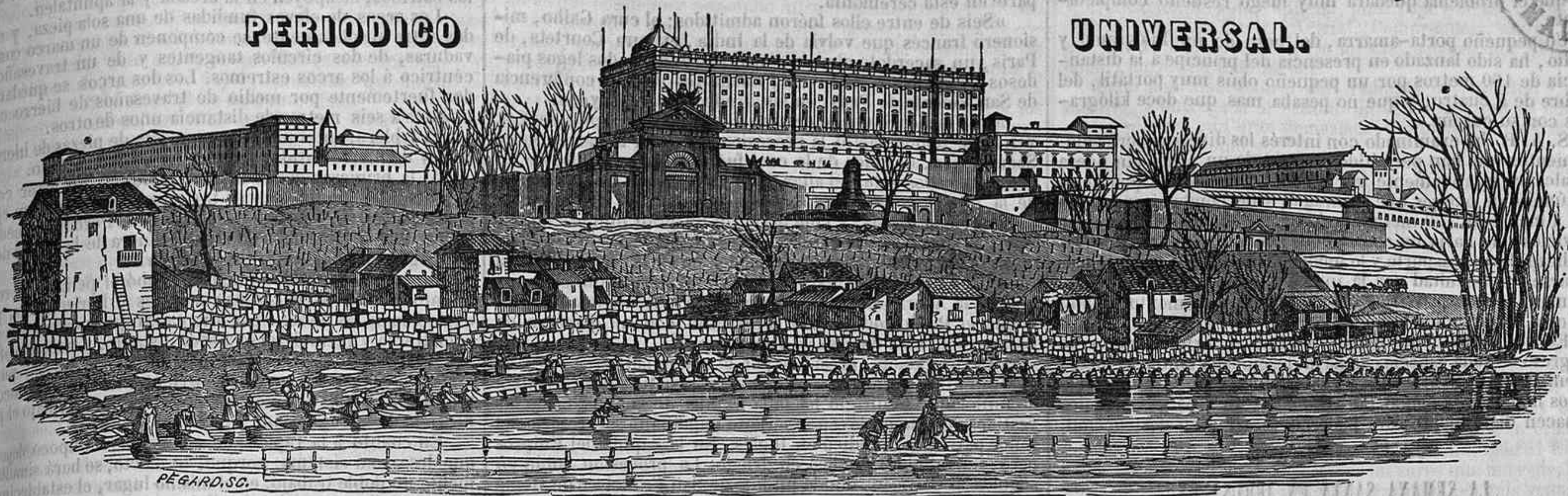


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 226.—SÁBADO 25 DE JUNIO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

RAFAELA TIRADO.

filarmónicas, varias canciones andaluzas, que le alcanzaron una ovacion completa. De sus triunfos escénicos se ocupó estensamente el *Avisador malagueño*.

Jerez de la Frontera tuvo ocasion de hacer justicia en 1850 á las relevantes dotes artísticas de la niña Rafaela Tirado: aquel público la aplaudió extraordinariamente en los diversos papeles que tuvo á su cargo, y sobre todo en el de *Consuelo* del drama de costumbres andaluzas *Diego Corrientes* ó *El bandido generoso*, representado para su beneficio, y en el cual, por obsequio á la sobresaliente actriz agraciada, se brindó á desempeñar la parte de protagonista del drama el actor D. Fernando Osorio. Era tal el entusiasmo de los jerezanos, al verla en las tablas, tanto lo que se hablaba en las tertulias, en los cafés y en los paseos de la espresion que sabía dar á los afectos del alma aquella tierna niña, que muchas personas, y entre ellas el censor de teatros, que ocupaba diariamente el palco de la presidencia, abandonaban sus localidades, para acercarse todo cuanto les era posible al escenario, á fin de no perder un momento de vista la fisonomía y las mi-

trunfos, y que si prosigue su carrera artística con el mismo ardor que la ha comenzado, está llamada á ser una de las mas célebres ó tal vez la mas célebre actriz de nuestro suelo.

REVISTA CIENTÍFICA, ARTÍSTICA É INDUSTRIAL.

DESCUBRIMIENTOS É INVENCIONES.

MÁQUINA ERICSSON.

Por el *Humboldt* ha llegado al Havre una pequeña máquina que es una muestra del sistema Ericsson. Esta máquina ha sido montada en los magníficos talleres de MM. Mazeline hermanos, en los que han sido admitidas muchas personas para verla funcionar. La máquina ocupa un paralelogramo de una superficie como de unos tres metros de largo y dos y medio de ancho. Su altura es aproximadamente de tres metros. El cilindro inferior que pone en juego el piston, tiene ciento treinta centímetros de diámetro, y el piston veintidos centímetros de trayecto. El aparato está graduado para producir una fuerza de diez caballos, pero no se ha emprendido aun ninguna demostracion metódica sobre este punto, es decir, que aun no se ha medido el carbon consumido ni la fuerza producida.

El ingeniero encargado por Mr. Ericsson de acompañar su máquina ha recibido por el *Hermann* nuevos informes, que le han inducido á diferir las esperiencias dirigidas matemática y rigurosamente para completa edificación en Francia de los hombres científicos, en atencion á que se le ha dado la seguridad de que, á consecuencia de nuevos perfeccionamientos, ha llegado el inventor á doblar la potencia efectiva de su máquina, y á que le prometen enviarle por el próximo paquete detalles mas precisos con cuyo auxilio se podrá introducir en esta pequeña máquina, á lo menos, una parte de dichas modificaciones. En este estado de cosas, se comprende la utilidad de un retardo de algunos dias, que presenta la probabilidad de obtener resultados mas completos respecto de un sistema que está lejos de haber llegado aun á la perfeccion. Por ahora, lo que hemos podido consignar con todos los asistentes, es que el aparato es de una sencillez admirable; que funciona con perfecta regularidad, y que la cantidad de carbon quemado es enteramente insignificante, apenas lo que necesitaria un particular bien acomodado para calentarse á su chimenea. El sentimiento que uno no puede menos de experimentar á la vista de esta nueva potencia, es que ante ella se halla el campo del porvenir.

PORTA-AMARRA DE SALVAMENTO.

De un documento oficial del almirantazgo inglés, publicado en el *Monitor Universal* del 23 de mayo, resulta que el número de los naufragios de los buques mercantes ingleses ha ascendido al enorme total de 742 durante el año de 1852. Este hecho, doloroso para la humanidad, debe dar un interés particular á las nuevas esperiencias hechas en Vincennes.

Durante una visita hecha algunos dias há por S. A. R. el duque de Génova á la escuela de tiro de Vincennes, llamaron la atencion del principe y de los numerosos asistentes una explosion y el paso por el aire de un cordaje á través del poligono. Se estaban haciendo esperiencias sobre algunos perfeccionamientos introducidos por M. Delvigne en su porta-amarra de salvamento, cuyas ventajas acababan de ser recordadas por recientes y dolorosas desgracias marítimas. Al punto fué un oficial de estado mayor á invitar al inventor á que suspendiera sus esperiencias y aguardara la llegada del principe, que deseaba presenciarlas, y que en efecto acudió un rato después. Se trataba, á consecuencia de la peticion de varios puertos de comercio, de buscar el medio de lanzar el porta-amarra á la distancia de 500 ó de 600 metros.

Semejante alcance no podia obtenerse sino por un proyectil de gran calibre, y el ministro de la Guerra se habia dignado mandar poner á disposicion de M. Delvigne una pieza de artillería rayada de 30. La cuestion estaba en saber si un cilindro hueco de madera, como de un metro de largo, que encerrase 500 metros de línea y pesase 13 kilogramos, podria, sin despedazarse, ser lanzado por aquella pieza y recibir el



La niña Rafaela Tirado, de edad de 10 años, en el papel de *Virginia*.

radas de Rafaelita, que tanto significaban para los inteligentes, en escenas de corazon y sentimiento.

Desde aquella época ha sido acogida con unánimes y estrepitosos aplausos donde quiera que se ha presentado, y particularmente en la jornada de la Granja del año último: allí escitó de nuevo la admiracion y la sorpresa, y ya se trataba de presentarla á S. M., cuando ocurrió la muerte del general Castaños, por cuyo motivo se retiró la corte á Madrid, haciéndose imposible por entonces la presentacion.

Ultimamente fué llamada por el señor Olona, empresario del teatro de la Cruz, para que desempeñase el papel de *Cupido* en la *Pata de cabra*. Inútil es que nos detengamos á elogiar la perfeccion con que ejecuta el de *Virginia*, porque nuestras palabras nada podrian añadir á los bravos y á los aplausos con que el público la acoge: concluiremos asegurando que Rafaelita se anima mas y mas cada dia, que cada dia es mayor su esmero en el decir, que añade progresivamente nuevos quilates á su donaire con el estímulo de los

Los aplausos que el público madrileño tributa diariamente á la niña Rafaela Tirado, que solo cuenta diez años y medio de edad, nos obligan á ofrecer á los suscritores de *La Ilustracion* su retrato y unos breves apuntes biográficos de tan precoz actriz, cuyo talento ha escitado poderosamente el entusiasmo, llenando las localidades del teatro de la Cruz. Los inteligentes estan conformes en hacer justicia á su mérito; los hombres de corazon reconocen en el sentimiento de su declamacion las revelaciones de unos afectos impropios de sus años; los observadores de la moral se admiran de que con tan fuertes coloridos espresen el fuego de las pasiones, la que no ha traspasado los límites señalados por la naturaleza á la inocencia. Nosotros, sin erigirnos en jueces para fallar en tan delicado asunto, creemos que todos tienen razon, los unos en admirarse, y en extrañar esa contradiccion entre las facultades naturales de la niña Tirado y el candor de su alma, los otros en ensalzar esas facultades asombrosas, que nos hacen ver en ella, cuando se presenta al público, el fiel trasunto del personaje encargado á su celo, con todas las líneas, con todas las sombras, que solo puede estudiar y trasmitir á los espectadores un actor apasionado, instruido por esperiencia en los secretos del corazon y en los placeres y amarguras de la vida. La única explicacion posible de tan sorprendente misterio debe buscarse en otros ejemplos analogos que de tiempo en tiempo se nos ofrecen, á propósito para dar al traste con todos nuestros cálculos fisiológicos: el único medio que tenemos de hacer comprensible esa explicacion está en la palabra *fenómeno*. Cuantos lean estas líneas y hayan asistido á las representaciones de *Pablo y Virginia* en el teatro de la Cruz, y anteriormente á las de otras producciones en algunos de provincias, que han valido á la niña Tirado la reputacion de que goza, convendrán con nosotros en que, al calificarla así, no hacemos mas que espresar una opinion general, emitida por el público que ha presenciado sus triunfos.

La niña Rafaela Tirado nació en la ciudad de Córdoba el dia 24 de noviembre de 1842, y es hija de Don José y de doña Josefa Egoaguirre y Chiquero, dama joven de la compañía de declamacion que entonces trabajaba en aquel teatro.

Desde la edad de tres años empezó á dar claras muestras de sus grandes disposiciones para la declamacion, así como de sus despejadísimas facultades intelectuales; entre otras pruebas que pudiéramos aducir de lo que escribimos, bastará dejar consignado, como hecho muy digno de mencionarse, que en tan temprana edad y aprovechando los ratos en que sus padres salian de casa para ir á los ensayos, declamaba de memoria creyendo que nadie la oia, trozos de veinte ó treinta versos, habiéndola sorprendido no pocas veces la patrona y otras personas con los papeles de estudio de su mamá en la mano, y espresando las partes de escenas que recitaba con un sentimiento tan verdadero y una accion tan natural y desembarazada, que llenaba de admiracion á todos los que se acercaban á escucharla, á pesar de que todavia no acertaba á pronunciar clara y distintamente las palabras.

En 1846 se hallaba D. Julian Romea en Sanlucar de Barrameda con el objeto de dar cuatro funciones en compañía de la señora Egoaguirre, madre de Rafaelita y primeza actriz en aquel teatro, y oyó declamar á su niña una tirada de versos, quedando tan sorprendido de su facilidad y soltura, que solicitó de sus padres el permiso de que le acompañase á la mesa, en los pocos dias que permaneció en aquel punto, pues le caia muy en gracia su conversacion y no cesaba de encomiar su talento.

En 1848, cuando apenas contaba seis años, desempeñó en Málaga la protagonista de la pieza intitulada *La joven y el zapatero*, un papel de niño en *Los jueces francos*, otro en el drama *La vida de un jugador* y diferentes partes en varias comedias que al presente no recordamos, todas con general aceptacion y conquistando muchas veces entusiastas aplausos, que solo es dado conseguir á actrices de un mérito reconocido. Tambien cantó en el mismo teatro, invitada por muchos abonados, que tenían noticia de sus disposiciones



movimiento de rotacion necesaria para hacerle marchar como una flecha con la punta hacia adelante. Un primer disparo de prueba ha hecho ver que se habia comunicado realmente el movimiento de rotacion, y por consiguiente da lugar á esperar que el problema quedará muy luego resuelto completamente.

Un pequeño porta-amarra, del peso de un kilogramo y medio, ha sido lanzado en presencia del príncipe á la distancia de 160 metros por un pequeño obús muy portátil, del calibre de á cuatro, y que no pesaba mas que doce kilogramos con su cureña.

S. A. R. ha examinado con interés los diversos perfeccionamientos que han permitido obtener de un arma tan ligera un alcance relativamente tan grande. Cuando uno piensa en el número de buques que naufragan y de hombres que perecen á menos de 150 metros de la orilla, se puede figurar los servicios que haría un aparato que, por su sencillez, la suma facilidad de su transporte y lo módico de su precio, podrá propagarse sin dificultad por la inmensa estension de las costas del mar, tan desprovistas de medios de salvamento, y aun mejor á bordo de los buques.

Es verdaderamente deplorable que en estos tiempos de progreso de toda especie, se haya descuidado tanto ese medio de emplear la pólvora y las bocas de fuego en salvar la vida de los hombres, cuando tan grandes esfuerzos y sacrificios se hacen diariamente para hacerlas servir á su destruccion.

LA SEMANA SANTA EN JERUSALEN.

Del *Univers* copiamos la siguiente curiosa relacion de las funciones religiosas de Semana Santa celebradas en Jerusalem:

«Las fiestas pascales se habian celebrado sin desorden alguno por parte de los latinos: pero se trabó una riña entre griegos y armenios el domingo de Ramos y Jueves Santo; los ministros protestantes, impulsados por un celo excesivo por la conversion de los judíos, levantaron una verdadera tempestad.

«Tres de entre ellos que pretendian saber el hebreo, aunque sea imposible á los hebreos comprenderlos, se presentaron en el barrio de los judíos, en donde fueron acogidos á gritos y silbidos.

«Esto no les impidió que comenzasen su predicacion, que en un principio fué acogida con risotadas. Pero muy pronto varió la escena.

«Las mugeres se asoman á las ventanas, los muchachos corren de aquí para allí, y los ministros del Evangelio puro se ven rociados con un agua que ni es pura ni inodora; uno de los tres se ve cubierto de lodo.

«El kak-hem hizo prevenir al bajá que sus correligionarios estaban resueltos á no consentir que los ministros protestantes viniesen á provocarlos en su barrio, y dirigió al mismo tiempo una carta circular á los cónsules europeos para advertirles que no respondía de su nacion si los ministros volvieran á empezar. Estos, sin embargo, querian ocho dias después volver á la carga; pero sus esposas afligidas recabaron de ellos el que suspendiesen aquella expedicion.

«Véase por eso que la mision de las mugeres de los ministros protestantes en Jerusalem es el templar el celo violento é intempestivo de sus señores maridos.

«El Jueves Santo los señores ministros habian escogido mal día. Era el de la fiesta del *Purim*, es decir, la fiesta del aniversario de la redencion de la nacion judía por Ester, y los judíos tienen costumbre de celebrarle, bebiendo con tal exceso, que no pueden distinguir lo blanco de lo negro. Los reverendos ministros les turbaron en este piadoso ejercicio.

«Nuestro corresponsal nos manifiesta tambien que la division ha estallado en el seno de la colonia hebráica-protestante, establecida merced á grandes dispendios en *Hortus conclusus* de Salomon.

«Los colonos se dispersaron, y se ignora adonde han ido á parar las gruesas cantidades recojidas en América para esta obra.

«Los oficios de la Semana Santa han sido celebrados este año con un recojimiento raro en Jerusalem, y con esa majestad llena de tristeza que penetra hasta el fondo de los corazones en esos dias destinados á recordar los dolores y la muerte del Hombre-Dios.

«¡Oh! ¡Cómo conmueven el alma las lamentaciones de Jeremías en presencia del Santo Sepulcro y de la desolacion de Jerusalem!

«Las lamentaciones fueron cantadas en música el Miércoles Santo durante las tinieblas, con asistencia del señor patriarca acompañado de su clero y de los religiosos de San Lorenzo y del pequeño convento del Santo Sepulcro.

«El Jueves Santo, el señor patriarca ofició de pontifical en la puerta del pequeño monumento del Santo Sepulcro.

«Era la primera vez que los sacerdotes del patriarcado y del seminario tomaban parte en las solemnidades de la iglesia de Jerusalem.

«Ha sido digna de admiracion la manera con que los seminaristas ejecutaban las ceremonias sagradas: los peregrinos europeos no podian persuadirse que los jóvenes árabes pudieran tener tanto orden, modestia y recojimiento en las santas funciones.

«Durante la misa, el patriarca consagró los Santos Oleos, y el diácono leyó en alta voz la sentencia de excomunion pronunciada por los Sumos Pontífices, y promulgada todos los años en Jerusalem, contra los que malversan el producto de las limosnas destinadas á la Tierra Santa.

«Después de la misa se verificó la procesion bajo la gran rotonda, después de lo cual se depositó el Santísimo Sacramento sobre la misma tumba de Nuestro Señor.

«Cerráronse en seguida las puertas de la grande iglesia del Santo Sepulcro, y los asistentes permanecieron todos encerrados hasta la mañana siguiente después de los oficios.

«Es privilegio que tienen los latinos *ab antiquo* el de cerrar las puertas de la iglesia, y ni griegos ni armenios pueden entrar en el camarín del Santo Sepulcro en que reposa el Santo Sacramento.

«Esta medida tiene por objeto el evitar cualquiera profanacion.

«A las dos de la tarde tuvo lugar el lavatorio de piés, delante de la tumba del Salvador.

«En años anteriores se lavaba los piés á doce religiosos: en este ha querido el patriarca que los peregrinos tomasen parte en esta ceremonia.

«Seis de entre ellos fueron admitidos: el cura Galho, misionero francés que volvia de la India, el cura Courtets, de París, un sacerdote alemán, otro maronita y dos legos piadosos, M. Pivels y M. Vivent, miembros de una conferencia de San Vicente de Paul, en los alrededores de Bayona.

«El Viernes Santo se celebró el oficio en la capilla del Calvario, de donde partió la procesion para ir á tomar el Santo Sacramento, después de lo cual fué celebrada la misa de los presantificados sobre el altar de la Crucifixion. Hacia las ocho de la noche comenzó la procesion anual, se abrieron las puertas de la iglesia, y concurrieron un gran número de peregrinos griegos y armenios. El bajá habia enviado al jefe de policia con 150 soldados, escalonados en el trayecto que debia recorrer la procesion. Esta se detuvo primeramente en la capilla de la Aparicion de Nuestro Señor á la Santísima Virgen, donde el P. Custodio abrió la estacion con un discurso en italiano sobre los dolores de Jesucristo.

«La procesion, presidida por el señor patriarca, y á la cual, lo mismo que á las ceremonias, asistió nuestro cónsul de uniforme, se dirigió hacia la capilla de la division de los vestidos, donde un joven sacerdote napolitano, secretario del señor patriarca, predicó en inglés. En la capilla del Eniprópero, un religioso predicó en griego. La procesion subió en seguida al Calvario, donde un hijo de San Francisco de Regis predicó en alemán en el altar de la Crucifixion. Allí se vió á una joven dama americana y protestante reprender con severidad á tres ingleses, cuya actitud insolente tenia contristados á todos los asistentes. Se colocó una mesa para celebrar el descendimiento de la Cruz, y el canciller de la patriarcal, M. Dequevanvillers, subió sobre la roca del Calvario para predicar en francés. Después tuvo lugar el descendimiento de la Cruz. Dos religiosos con albas descolgaron el Crucifijo y le colocaron en una mortaja que cuatro de los predicadores, teniéndola por las estremidades, colocaron sobre la piedra de la Uncion, y allí el patriarca, asistido de un diácono y un subdiácono, derramó perfumes sobre el Crucifijo, después de lo cual el pároco del Santo Salvador predicó un sermón en lengua árabe.

«De la piedra de la Uncion, la procesion pasó al monumento del Santo Sepulcro, donde cuatro sacerdotes depositaron el Crucifijo sobre la losa que cubre la santa tumba, y la ceremonia se terminó con un sermón en español.

«El Sábado Santo á la tarde otra solemne procesion visitó la columna de la flagelacion, conservada en la capilla de la Aparicion, y se dirigió en seguida sucesivamente á la Pasion de Nuestro Señor, á la division de las vestiduras, á la capilla subterránea de la Invention de la Santa Cruz, á la de Santa Elena, y de vuelta á la capilla del Improperum, á la Crucifixion, al Calvario, á la Piedra de la Uncion, al Santo Sepulcro, á la capilla en que Nuestro Señor se apareció á la Magdalena bajo la forma de un hortelano, y á la capilla de la Aparicion de Jesucristo á la Virgen Santísima.

«El día de Pascua fué cantada solememente la misa en el Santo Sepulcro por el señor patriarca, y en seguida se practicó una nueva procesion, durante la cual se cantaron parte de los cuatro evangelios que hacen referencia á la resurreccion.»

LOS PUENTES COLGANTES.

(NUEVO SISTEMA.)

Se va á construir un puente en Candeloc segun un nuevo sistema inventado por M. Vergniais, ingeniero. Este monumento, todo de hierro colado, deberá estar completamente terminado dentro de dos años mediante la suma de 3.750,000 francos.

Esta obra gigantesca tendrá mas de 700 metros de longitud total del modo siguiente:

1.º Un primer puente de 85 metros partiendo de las rocas, pasando sobre el camino y las casas, y concluyendo en el primer estribo elevado á la orilla del rio;

2.º Un segundo puente de 250 metros, bajo el cual pasarán los buques para volver á Ruan;

3.º Un tercer puente de 85 metros, igual al primero, y que completará la obra principal;

4.º Por último, nueve puentecillos de 30 metros cada uno, destinados á establecer una cuesta poco sensible para llegar al llano.

Si el descubrimiento de los puentes colgantes de alambre ha sido considerado como una preciosa conquista, ¿qué diremos de la invencion de M. Vergniais, que se presenta como un poderoso elemento de civilizacion haciendo desaparecer los inmensos peligros de los puentes suspendidos por medio de cables?

Sin hablar aquí de la terrible catástrofe de Angers, del hundimiento del puente de la Roche-Bernard, del de Fraga en España, y de tantas desgracias que seria muy largo enumerar, podemos afirmar que un terror general ha condenado para siempre los puentes colgantes de alambre.

La primera aplicacion del sistema de este hábil ingeniero ha sido hecha en St-Etienne-le-chohard (Loira) en la orilla del Lignon.

El puente del Lignon, de 30 metros de largo sobre 5 metros 60 centímetros de ancho, está formado únicamente de dos grandes arcos de hierro colado que sostienen el tablero por medio de fuertes barras de hierro. El 23 de agosto último se hizo la prueba de esta ligera construccion, y el resultado ha demostrado que era tan sólida como elegante. Los puentes colgantes no soportan una carga mayor de 209 kilogramos por metro cuadrado, mientras el de M. Vergniais ha soportado 453 kilogramos. La confianza del ingeniero era superior á la sorpresa y admiracion del público. M. Vergniais sostenia que su puente podia soportar una carga de 2,000 kilogramos por metro cuadrado.

Digamos ahora dos palabras sobre este sistema. Consiste pues en echar de una ribera á otra una arcada de una dimension facultativa, compuesta de arcos de hierro co-

lado estrechamente unidos entre sí en forma de bóveda, en preservar esta arcada de todo movimiento oscilatorio, por medio de barras ó contrafuertes, compuestos tambien de arcos los estribos, se apoyen en la arcada y la apuntalen.

Los arcos de claves fundidas de una sola pieza, y reunidas entre sí sólidamente, se componen de un marco con núcleo céntrico á los arcos extremos. Los dos arcos se quedan unidos fuertemente por medio de travesaños de hierro colado, puestos á seis metros de distancia unos de otros.

El tablero, enteramente compuesto de piezas de hierro colado y de hierro batido, se halla cubierto de asfalto.

A la primera ojeada hemos caido en un error común. Pensábamos que unos arcos tan considerables debian ejercer sobre los estribos una enorme presion. Pero no sucede así; no exigen mas que un grueso ordinario.

En suma, con estos puentes acabó el peligro de rompimiento por las oscilaciones verticales ú horizontales, por la oxidacion de las piezas ó por otra causa, pues cada pieza puede registrarse y reemplazarse á cada instante, y tampoco ofrecen ningun peligro las crecidas de agua ni los hielos, pues los estribos estan al abrigo de la corriente: tales son las incontestables ventajas de los modelos de M. Vergniais, bajo el punto de vista de la seguridad.

En cuanto á la rapidez de ejecucion, tampoco deja nada que desear su sistema; porque, en efecto, se hará simultáneamente un doble trabajo, en el mismo lugar, el establecimiento de los estribos, y en las fundiciones se construirán las piezas de hierro colado. El armar el puente es una operacion sumamente sencilla, puesto que no hay mas que ajustar entre sí las diferentes piezas.

En el espacio de un año podrán construirse los puentes de mayores dimensiones. En menos de tres meses, todos los puentes de una longitud hasta de 400 metros, se elevarán como por encanto.

RIO DE LAS AMAZONAS Y SU PRIMERA VEJETACION.

Cuando el navegante portugués Caldeira penetró por primera vez el año 1615 en el rio de las Amazonas, se informó por los habitantes del país del nombre del rio, y supo que le llamaban el rey de las aguas. Toda la region de este rio es baja y por todas partes presenta la naturaleza la mas abundante vejetacion; y aunque esta rica vejetacion suele ser frecuentemente el origen de enfermedades y de muertes en la mayor parte de los países tropicales, se halla aquí modificada por varios elementos que la convierten en un manantial de prosperidad y bienestar. En tiempo de lluvias suele llover todos los dias y á veces semanas enteras; pero á pesar de esto nunca se cubre de agua la superficie de la tierra, pues es tan arenoso el terreno, que desaparece la humedad en cuanto reaparece el sol. Tambien en verano suele llover algo, de modo que nunca pierden los árboles su verdor. Los monzones atemperan los calores del sol y proporcionan unas noches templadas y apacibles, preservando así de esa languidez y flojedad que caracteriza á las comarcas ecuatoriales del hemisferio oriental.

El rio de las Amazonas se forma de diferentes manantiales, y después de recorrer mas de 760 millas, va á parar al mar Atlántico. Tiene varias corrientes, entre ellas una cuya embocadura de 60 millas de ancho se llama Manzannon, debiendo proceder este nombre de Pinzon que al verle exclamó: *Mare an non*. En sus orillas se observa una abundante vejetacion y en sus espesos bosques se ven árboles de increíble diámetro, cuyos troncos son unos redondos, otros angulosos y á veces semejantes á una red, por entre la que pasa la luz en todas direcciones. Tambien hay árboles pequeños y arbustos, anturas, y otras plantas parásitas que pendientes de los árboles, estiendo sus largas y débiles raíces hasta el suelo, alimentándose solo de los árboles y del aire. De estas hay en gran número y de todas formas, ofreciendo en la época de su eflorescencia una vista hermosa y agradable. En este tiempo aparecen tambien las demás producciones del reino vegetal revestidas de hermosos matices y exhalando sus flores deliciosas aromas.

En medio de esta magnificencia por todas partes se observa una animacion extraordinaria: aquí se ven monos corriendo y saltando alegremente por las enramadas cubiertas de flores, y ardillas brincando de rama en rama con incansable vivacidad; allí coatis, especie de ratas, jugando entre las hojas caídas ó trepando á porfía con los monos; pacas y agoutis, jebales y gazapos andando de un lado á otro y corriendo tímidos al mas ligero ruido, y hasta el joven cervato viene aquí á respirar alegre el aire saltando sin temor porque sabe que no le amenaza ningun enemigo.

¡Y luego qué variedad de colores en las diferentes clases de aves que revolotean por el bosque! Necesitaríamos estadernos demasiado para enumerarlas todas, y así solo diremos que entre otra multitud de aves se ven allí tambien torcos, palomas y faisanes de todas clases, loros, cotorras y sobre todo colibris, especie de alhajas vivas cuyo brillo supera casi al del diamante.

El rio de las Amazonas recorre las provincias del Perú, Trujillo y la República del Ecuador, confina aquí con el Perú, y se dirige luego al Este por la provincia brasileña de Rio Negro, dominando sus aguas una estension de 89,000 millas cuadradas que abraza todo el Perú, el Norte de Bolivia y del Brasil, el Ecuador y una parte de Nueva Granada. Recibe en su seno sobre 60 rios grandes, y sus abundantes y poderosas aguas corren sin mezclarse mas de 60 millas dentro del mar. En sus orillas viven 85 tribus diferentes de indios, y en sus olas se mecen lo mismo las canoas de los indígenas que las orgullosas embarcaciones de las naciones civilizadas.

NOTICIAS SOBRE LA VIDA Y OBRAS DE ANTONIO ALEGLI, LLAMADO EL CORREGIO.

Poco ó nada sabemos de cierto acerca de la vida de este insigne pintor; sin embargo, segun las noticias mas fundadas, parece nació el año 1494 en Corregio ó en un caserío

inmediato. Su verdadero nombre era Antonio Alegri; y aun- que en sus cuadros solia firmarse Laeti, latinizando su ape- lido, siempre ha sido y aun es hoy mas conocido por Corregio, nombre de su patria. Unos dicen que fué pobre y de baja extraccion, y otros que rico y de familia noble; pero como no tenemos pruebas exactas de lo uno ni de lo otro, nos inclinamos por un término medio para no equivocarnos; en cuanto á su vida privada solo sabemos que fué casado dos veces, y que de ambas mugeres tuvo hijos, constando que murió el 5 de marzo de 1534 á la edad de cuarenta años.

Empezó su carrera artística en Módena, donde hizo los primeros estudios con Francisco Bianchi, llamado por sobre- nombre el *Frari*, continuándolos después con Andrés Man- tegua, y de aquí creemos pasaria á Roma á estudiar las obras de Rafael y de Buonarroti, aunque sin sujetarse al estilo de ninguno. También debió estudiar la arquitectura y mas particu- larmente la escultura, pues todavia se conserva en Mó- dena en la iglesia de Santa Margarita un Descendimiento de Antonio Begarelli, escultor modenés, grande amigo de Cor- regio, en que hay tres figuras de mano de este.

Varias son las pinturas notables que aun existen de este celebre maestro, tanto en Italia, como en Francia, España y Alemania; pero como para la enumeracion ó esplicacion de todas ó la mayor parte de ellas necesitaríamos estendernos mas de lo que permite el objeto que nos proponemos en este artículo, solo hacemos mencion de uno de sus mas bellos cuadros, que es el conocido en el mundo por la Noche de Corregio, cuyo grabado damos en este número. Este famoso cuadro, que representa el Nacimiento de Nuestro Señor, y que se halla perfectamente conservado en la galeria de Dresde, le empezó Corregio el año 1522 cuando finalizó la cúpula de San Juan de Parma; pero no le dió concluido hasta el año 1527. Tal vez este retardó le sirvió para estudiar mas y mas los efectos del claro-oscuro, queriendo hacer que la luz naciese solamente del Niño; y no seria extraño que con este estudio y modelando toda la composicion, hallase además del her- moso claro-oscuro, aquellos maravillosos escorzos que des- pués practicó en la celebrada cúpula de la catedral de Parma, que fué su última y mas gloriosa obra. La composicion de dicho cuadro es sencilla; pero se halla tan perfectamente combinada, que desde luego se conoce la mano de su autor.

En efecto, en esta obra, lo mismo que en todas las demás de Corregio, se observa un dibujo bastante correcto y esas formas curvas que distinguen al bellissimo estilo antiguo del estilo seco ó anguloso, un claro-oscuro ó sea gradacion de lu- ces y sombras en que no tiene rival, y por último un hermoso colorido que parece aun mejor de lo que es por el gusto y empastado de los colores, siendo el primero que entró en la composicion de los ropajes en general.

Por lo tanto, y siguiendo la opinion de Mengs, de quien hemos tomado la mayor parte de estos apuntes, podemos muy bien considerar á Corregio como un gran pintor que supo reunir á la verdad y gracia de Rafael, lo risueño de Leonardo, el empaste de Giorgion y el colorido del Ticiano, aunque no sobresaliese particularmente en cada una de las cualidades que distinguieron á estos ilustres maestros.

DIARIO DE UN NAUFRAGO.

Dias pasados falleció un hombre en una de las casas mas pobres de la calle de Angulema, que une el *Marais* con el canal, barrio retirado en que las existencias oscuras hallan calma, y la indigencia un refugio.

Si la muerte, cuando entra en una casa de París, causa siempre un sentimiento de tristeza y curiosidad, esa impres- ion se borró bien pronto así que los vecinos se comunicaron lo poco que sabian del difunto. Nadie conocia su nombre ni su vida; estaba siempre solo, jamás hablaba, no recibia á nin- gun amigo, y ocupaba bajo un nombre insignificante el mi- serable cuarto donde habia exhalado su último suspiro. Al- gunos solamente, que le veian pasar todas las tardes á las seis en direccion del *boulevard*, habian notado que era un hombre alto y delgado, cubierto casi de harapos, al cual su arrugada frente, sus cabellos canos, el cuerpo encorvado y los ojos apa- gados daban todas las apariencias de un anciano. Su entierro fué el de pobres, sin acompañamiento; partió solo, como habia vivido, para la tranquila morada de la tumba, conducido por un cochero descontento de una faena en la que no le daban para beber, y el cual iba canturriando entre dientes alguna cancion aprendida en la taberna.

¿Quién era ese hombre? ¿á consecuencia de qué aconte- cimientos desconocidos fenecia así aislado y perdido en medio de la gran familia humana? ¿Era un criminal, era un ambi- cioso, dos únicos seres que aceptan la completa soledad? Sin duda se habria ignorado, si el funcionario público encargado de las formalidades requeridas por la ley, no hubiese hallado junto á la cama del difunto un paquete manuscrito con el sobre para el doctor L..., médico de la aldea de Lintot, en la costa de la Normandía. La lectura de este manuscrito ilumi- nará el cuadro sombrío en que se destaca esa figura borrada, revelando uno de esos dramas íntimos representados cerca de la muchedumbre sin que esta lo perciba, y cuyo desenlace corta unos destinos hechos para la luz y la alegría, sumergidos pronto en el dolor y el olvido.

AL DOCTOR L.***

A vos, amigo mio, este último testimonio del íntimo afecto que unió nuestra infancia; á vos esta confesion sincera de una vida que está para extinguirse después de tristes pruebas, que las pasiones han sacado de su camino, y á la que sin duda faltaba la fuerza y quizás el sosten de una ternura fraternal. Si después de tan largo silencio, á la hora en que todo es para nosotros un mero recuerdo, no puedo resistir al deseo de dirigiros este grito de socorro, ¿no me perdonareis el que cedo á la necesidad que tienen los desgraciados de confiar una vez sus penas á un corazon amigo? Largo tiempo he resistido mientras ha durado la crisis; no he querido anublar vuestros dias serenos con el luto de una desgracia sin remedio; ade- más de que un resto de orgullo cerraba mi boca y muraba mi corazon con los pesares que me llevaban á la tumba; pero al fin de mi jornada me oprimen tanto, que su cárcel se rompe á despecho mio y vuelan hácia vos con mi mas tierna despe- dida. Recibidlos pues con compasion en obsequio del me-

lancólico placer que he tenido en recojerlos para enviároslos.

Recordais, amigo mio, los hermosos proyectos que for- mábamos los dos cuando éramos jóvenes, corriendo juntos por los grandes bosques de la costa, y durante las largas horas que pasábamos pescando infructuosamente en el rio del valle? Nuestras redes salian siempre vacias, y no era de es- trañar, porque nuestra interminable charla espantaba los peces. Recordais nuestras cacerias á través de la llanura, bajo los abrasadores rayos del sol, con nuestras escopetas á la espalda y el morral sin caza, que tanto hacian reir á los cazadores del pueblo? Lo que nos ocupaba ante todo ¿no eran aquellas discusiones caprichosas en que se mezclaba vuestra precoz sensatez, y aquellos hermosos castillos en el aire, tantas veces reconstruidos y tantas veces contados? Vos so- ñabais una vida tranquila, humilde é ignorada, entre una es- posa querida é hijos alegres, el bienestar de la salud en la casa, y el austero gozo del deber cumplido en el alma. No apeteciais mas que una linda casita bajo los verdes ramajes, y esa noble y oscura posicion de médico de aldea de que des- pués habeis hecho el mas santo de los sacerdocios. Habeis al- canzado vuestro fin, y de consiguiente habeis debido ser feliz.

Yo era mas ambicioso; necesitaba ruido, movimiento, brillo, y en derredor de mí ese zumbido de un dia que se llama la gloria. Tenia el corazon henchido de esperanza, y la cabeza llena de esos sueños brillantes que solo se forman una vez, cuando uno es jóven. Tenia fé en el porvenir, me creia llamado á una carrera dichosa en las letras, y el teatro me parecia la arena donde yo debia marchar sobre flores, al ruido de los aplausos. Vos, doctor, que tantas enfermedades conoceis, igno- rais esta: es la fiebre de la primavera, y se cura mas pronto de lo que querria el enfermo. En fin, yo me creia un poeta. ¿Sabeis en qué he venido á parar? En eso que se llama en París un *claqueur*, palabra trivial que sin duda ignorais en ese pais, y que espresa el singular oficio de que vivo hace largo tiempo. Hé aqui adonde he caido después de los huraca- nes que han despedazado mis alas tan alegremente desple- gadas en otro tiempo; de manera que todos los que no saben mi edad como vos, me creen un viejo, y que muero de decrepitud. Quizás otros muchos que una mañana han abandonado su ho- gar natal, con el porvenir en su alforja, se han estropeado en las primeras piedras del camino y estan llorando en algun rin- cone sus heridas. En este vasto París, donde cada uno se pro- pone un objeto, donde el tiempo es la principal riqueza, no hay consolador para los naufragos del mundo.

La última vez que os ví fué el dia de mi marcha. Aunque desde aquel dia han transcurrido muchos años y me han ocur- rido bastantes acontecimientos, recuerdo sus menores acci- dentes como si fuera ayer. Yo era huérfano, no tenia otro amigo verdadero que á vos, y solo vos me acompañasteis hasta el sitio donde debiamos separarnos. Era por una hermosa ma- ñana de otoño, fresca y brillante como un cántico de alegría; la llanura brillaba bajo los innumerables diamantes de una de esas escarchas que nuestros paisanos normandos llaman *rimée*; las copas de los grandes árboles bañaban sus ricos follajes en los rayos del sol; bajo una lijera niebla que el viento matinal principiaba á disipar, el horizonte presentaba esas suaves tintas peculiares á las campiñas de nuestro pais, y solo se oian los rumores vagos de las aldeas que se iban despertando sucesivamente. Parecia que toda la naturaleza se recojia para gozar mejor de aquel hermoso tiempo que iba á desaparecer con la aproximacion del invierno: era como un último esplendor y alegría antes de las luchas y los rigores de la estacion de los frios. Aun me parece estar viendo los cinco vigorosos caballos de relevo atados á la puerta de la casa de posta, donde manoteaban el suelo sacudiendo sus cascabeles en su impa- ciencia de partir, mientras que el postillon, con su pipa corta en la boca, y puestas ya sus altas botas, les enviaba algunos latigazos como acompañamiento de una vieja cancion cuyo refran estaba gorjeando. Aun me parece que oigo la lastimera voz de tres ó cuatro mendigos andrajosos, agrupados alrede- dor de nosotros, que alargaban su mano á nuestra compasion diciéndome: «Buen viaje!» Nos paseábamos de bracero, vos serio como la razon, yo risueño como la esperanza, en medio de una plática sabrosa en la que vos me reasumiáis esos con- sejos supremos para los que la amistad protectora alcanza casi lo sublime de la ternura maternal, y recuerdo que, parándoos de súbito, pusisteis vuestras manos sobre mi corazon dicién- dome: «¡Cuidado, el peligro está ahí!»

Luego llegó el carruaje, nos abrazamos, y partí. Asomado largo tiempo á la portezuela, procuraba distinguiros aun en pie en medio del camino enviándoos vuestra despedida; pero bien pronto el primer recodo del camino me ocultó la vista de mi amigo de infancia y de la dulce aldea que yo no debia volver á ver. Mi porvenir principiaba; oprimióse mi corazon; yo entraba en la vida, debiendo contar conmigo solo en lo venidero.

Cuando llegué á París, me hospedé en los boulevards, en una casa bastante linda cerca de un teatro. Aquel barrio con- venia á mis proyectos, y además podia escojer, puesto que traia conmigo algunos billetes de á mil francos, toda mi for- tuna, que entonces me parecia inagotable. Mi vida estaba asegurada hasta que se abriese la escena para mí. Vos sa- beis que mis gustos han sido siempre modestos, y mis nece- sidades sencillas; no tenia otra ambicion que la de triunfar en mi carrera, y de consiguiente me puse á la obra con celo, y principié un drama con todo el ardor de mi juventud y mi corazon, pasando los dias enteros inclinado sobre mi tra- bajo, que solo abandonaba por la noche para ir al teatro. Esa vida laboriosa y solitaria duró algunos meses.

Un dia, en uno de esos momentos de reposo en que se aguarda la inspiracion, noté que tenia una vecina enfrente de mis ventanas.

Era una jóven de diez y ocho años, rubia, blanca y sonro- sada, fresca como una sonrisa matinal; talle, pié, todo en ella era hechicero. Cuando se ponía de codos sobre su ventana, iluminada por un rayo de sol, entre sus aves parteras y sus flores, cualquiera la hubiera tomado por uno de esos gracio- sos pasteles de Latour en que se muestra el último siglo bajo una luz tan hermosa.

Después de pagar á su beldad el primer tributo de admi- racion, me llamó la atencion el singular manejo á que se en- tregaba aquella jóven. Veíala dejar su labor, tomar un folleto sobre la mesa, recorrer su cuarto declamando, pasearse de súbito y levantar los brazos al cielo, caer de rodillas, y repe-

tir esto cien veces: gritos, arrebatos, sollozos y carcajadas, alegría y lágrimas, dignidad y furor, la ternura de miradas preñadas de lágrimas, y la desesperacion con la frente coro- nada de sus crespones de luto. Al cabo de algunos dias tuve la esplicacion de aquel enigma, pues supe que mi vecina es- tudiaba para ser actriz. ¡Actriz! ¡Comprendeis, amigo mio, qué eco ha debido tener para mí esta palabra, qué fibras ha debido mover en todo mi ser?

Estar á mi vista todo el día, radiante de juventud y her- mosura, y entregada al estudio de un arte al que yo consa- graba mi vida, ¿no eran demasiadas seducciones para un jó- ven entusiasta como yo?

Bien pronto amé á Rosa (tal era su nombre), y la ternu- ra de primera paternidad que yo profesaba á mi drama, tuvo un rival, el amor. Amar á Rosa era mucho: pero el todo esta- ba en hacer que me correspondiera. Desde entonces, mi vida tuvo dos móviles, dos aspiraciones, mi drama y Rosa, Rosa y mi drama, reasumiéndose todo para mí en este doble culto que llenaba mi corazon.

¿Que os diré? Sin duda habeis sabido lo que es amar: yo lo experimentaba por primera vez, y era todo un nuevo hori- zonte desplegado ante mis ojos encantados. Me sentia por la primera vez vivir anchurosa y fuertemente, con toda la poten- cia de que me habia dotado la naturaleza, y aspiraba la feli- cidad como el alazan que abre sus narices á las brisas de la primavera. Habia recibido el bautismo sin el que la criatura vejeta, pero no existe: la pasion; ¡yo era un hombre! El dia era mas bello, parecianme mejores los seres que me rodeaban; una sangre nueva y mas generosa circulaba por mis venas; la vida tenia á mis labios un sabor ignorado; me sentia con una fuerza capaz de abarcar con mis brazos la naturaleza entera, con una bondad capaz de hacer al mundo feliz... ¡amaba, queria á Rosa! ¡Qué embriaguez! ¡que éstasis! ¡qué himnos de gozo! ¡qué arranques de aguilucho en libertad que de una aletada se remonta hácia el sol! ¡Ah! si la juventud conocie- se su pujanza y los tesoros de que dispone, si supiese... pero ¿á qué querer remontar la corriente de las felicidades que pa- saron? ¿por qué anublar con un pesar inútil los esplendores de un tiempo ya finido? Acojamos su recuerdo á fin de que nos consuele en nuestros dias de dolor, como las sonrisas del niño hacen olvidar las arrugas del anciano.

¿Os contaré, amigo mio, las mil emociones de un amor naciente, mis temores, mis deseos, mis angustias? ¿Debo deciros los expedientes sencillos, los subterfugios absurdos que empleé para introducirme en casa de mi vecina, y todos esos acontecimientos, pueriles para quien no tiene ningún interés, inmensos para quien es su actor, que se hallan en todas las aventuras de esta clase? Con muy escasa diferencia son siempre los mismos, y vos lo sabeis como yo. Rosa era tan dulce y tierna como hermosa; tenia diez y ocho años, y yo era jóven; vivia sola y sin familia, y yo era huérfano; queria ser actriz, y yo era autor; era muger, yo adoraba su hermo- sura; tenia el corazon vacío, el mio estaba lleno de ella; Rosa me amó. Yo llevaba un alimento á su inteligencia, una reli- gion á su alma, un refran á su cancion... bien pronto vino con sus flores y pájaros á compartir mi nido de artista.

¡Qué dulces fueron los dias que siguieron á nuestra reu- sion! En el hombre que se ve por primera vez encargado de la suerte de una muger amada, hay un generoso orgullo ins- pirado por la proteccion que de él se espera. Al sentir que se apoya en su brazo un ser mas débil, comprende la responsa- bilidad que pesa sobre él, la confianza que inspira, y su paso es entonces mas fuerte, sus ideas mas graves, sus acciones mas meditadas, porque en lo sucesivo su vida está consagrada á dos. El instinto de la fuerza es eminentemente protector; no es el origen del sentimiento que nos arrastra á tomar una compañera? En fin yo tenia una, y saboreaba sin temor las delicias de mi nueva posicion.

Rosa era adorable. Cada momento me revelaba en ella una gracia desapercibida la víspera, un tesoro inesperado, un don oculto que me hacia adorarla mas, ¡flores del alma halladas bajo cada brizna de yerba, descubrimientos deliciosos que aumentan el amor manifestando su riqueza! Pasábamos las horas sin esplicarnos cómo habian podido pasar, en niña- das de enamorados, en caricias sin razon, miradas sin fin, mil conversaciones sin ilacion á las que solo nuestra ternura pres- taba un sentido que sin embargo nosotros comprendiamos tan bien; dichos pueriles, pero hechiceros, de que se burla uno mas tarde cuando ya no sabe deciros. Algunas veces, duran- te noches enteras, solo los dos al lado de mi pequeña chime- nea, de rodillas delante de Rosa, con su mano en las mias, per- maneciamos así mirándonos sin deciros nada, alegres de ha- blarnos interiormente sin turbar el silencio de vuestras voces; ó bien yo la mecía suavemente en mis brazos contándole al- guna vieja leyenda con que mi nodriza me habia divertido en otro tiempo.

Ocupábamos en el quinto piso de la casa un pequeño apo- sento llenado por nuestra felicidad. Un comedor, nuestro cuarto, y un saloncito que yo habia convertido en mi gabi- nete de estudio, y donde mi amiga estudiaba á mi lado, com- ponian nuestro palacio. Algunos objetos de arte elegidos con esmero, canastillos llenos de flores de la estacion, lindos ta- pices formaban su humilde lujo, y nos lo hacian abrigado en el invierno, fresco en verano, y siempre risueño. A los lados de la chimenea teniamos los dos sillones favoritos en que nos sentábamos enfrente uno de otro; luego la mesita en que ella ponía sus cuadernos, el canapé en que reposábamos jun- tos, y junto á la ventana el espejo con marco de ébano en que la coquetilla sonreia á su hermosura al levantarse. La azotea era nuestro orgullo y la parte mas suntuosa de nuestra vi- vida. Vasta y bien descubierta, se estendia al Mediodía, abrazándose desde allí toda la línea del boulevard, y en el horizonte los altos monumentos de la gran ciudad. Allí iba yo á fumar, y Rosa á balancearse estática en su hamaca bajo una tienda de cutí durante las horas templadas de la primave- ra y las noches calurosas. Todo en torno de nosotros conser- vaba el sello de nuestra dulce vida; hasta el mismo aire nos acariciaba; todo se armonizaba con los gozos siempre nuevos de nuestra ternura, y su impresion la conservo tan íntegra, que aun estoy viendo aquellas paredes benditas, aquellos po- bres muebles marcados todos con algun recuerdo, y á mis oidos siento el metal de la voz de Rosa cuando gorjeaba su re- fran. Es porque con nosotros habitaban dos huéspedes fugiti- vos, el amor y la juventud.

Entre tanto, como debeis suponer, aquellas embriagueces me habian hecho descuidar al principio mi trabajo; el drama habia quedado vencido en la lucha, y habia percibido que no se quemaba a un tiempo igual incienso a dos altares; pero bien pronto volví a trabajar con nueva aptitud, y lo ví nacer y desarrollarse poco a poco bajo mi pluma. La obra venia admirablemente, y me parecia digna de aplausos; pues la paternidad es tan indulgente, que para ella no hay hijo feo ni cojo. No podia ocurrirme la idea de separar en mi corazon la creacion concebida en mi cerebro y la compañera que compartia mi vida, y estaban tan apoyadas una en otra, que en mis sueños de porvenir las veia marchar juntas a su triunfo. Como era natural, destinaba a Rosa mi papel principal sin inquietarme en saber cómo podria conducir de la mano ante el público la actriz sin contrata y el drama sin teatro. Cuando uno se duerme alegre todas las noches, es indolente, y yo, sin ocuparme de los obstáculos que tenia que vencer, hice todos mis preparativos para la ejecucion de mis proyectos.

Emprendí la educacion dramática de Rosa, que habia seguido ya los cursos de algunos profesores de declamacion, como otras muchas jóvenes arrastradas por el prestigio del teatro de los modestos trabajos que les daban el pan cotidiano. En nuestras provincias, amigo mio, no se forma una idea de las seducciones que en París ejerce el teatro sobre todas esas imaginaciones juveniles, desalentadas por el ingrato oficio que asegura su existencia muy difícilmente. Los unos buscan en él un recurso, los otros un triunfo de vanidad, y todos un placer. No ven del comediante mas que el lado halagüeño, los trajes esplendentes, los papeles ruidosos, el escenario por pedestal, la multitud conmovida, el nombre aclamado y llamando la celebridad en todos los carteles; y no saben cuántos trabajos, pruebas y sinsabores aguardan al actor que quiere hacer un arte de su carrera; no ven cuántos vencidos se quedan en el camino, por algunos privilegiados de la fortuna que llegan a término y recojen las hojas del hermoso árbol de frutas de oro. Así, las aulas de esos profesores estaban atestadas de alumnos suministrados por las tiendas y las mil industrias del barrio a la hora en que cesa el trabajo del día, siendo la mayor parte de ellos mancebos de almacen, pasantes de notario, aprendices, obreras, atraidos todos por la ociosidad, por el encanto de una reunion divertida, y a veces, aunque muy pocas, tambien por el amor ardiente del arte, por una verdadera vocacion.

Se reunian allí alegremente, se conversaba, referiase el

eco perdido de la última historia de bastidores, la contrata de este, la caída de aquel; declamábase un poco, se gritaba mas de lo necesario, se sollozaba mucho, y se reia mucho mas, porque ante todo eran jóvenes.

Rosa era del verdadero número de los trabajadores que se esforzaban sinceramente por aprender su arte; y entonces fué cuando debiendo yo ser su guia, puse término a las lecciones de los profesores, encargándome de reemplazarlos.

Desde luego mi método se diferenció del suyo, y puse mi alumna a estudiar los elementos de la gramática, de la lite-

las paces prometiéndose interiormente el enojarse, otra vez al mismo precio.

Muy luego pude pasar a una enseñanza mas especial. Trabajando sobre piezas de teatro, mostré a mi discípula las bellezas de las obras de nuestros grandes poetas; y la enseñé a comprender y a experimentar primeramente los sentimientos de que ella debia ser intérprete, a hacer el espejo en que viene a reflejarse el pensamiento del autor, para expresarlo en seguida con mas viveza y color. Así comprendia yo la mision del actor, y mis preceptos tan fáciles debian hacer de

Rosa la artista eminente que habia sido mas tarde; bien entendido que sobre el papel que habia escrito para ella la hice hacer sus estudios mas profundos, apoyándolos con la doble importancia de autor y maestro.

Ese papel lo sabia ella de memoria, poseia sus mas pequeños matices, habia explorado sus mas delicados pliegues; de manera que estaba admirable en esa obra que no tenia dificultad ni secreto para ella. Como Pigmalion, yo veia animarse mi estatua, y engreido y trémulo, me pasaba de haber creado aquella supremacía. Yo tenia los sublimes gozos del estatuario griego, pero, mas dichoso que él, estaba seguro del amor de mi Galatea.

Mi drama se halló terminado al mismo tiempo que la educacion de Rosa, y no me restó mas que el pensar en las diligencias que debian contribuir a la realizacion de mis ardientes votos, la representacion de la obra y el estreno de la actriz.

Hasta entonces me habia adormecido tambien en mi felicidad última, habia confinado tanto mi vida en los gozos domésticos, que no me habia formado ninguna relacion exterior. Halléme aislado como en los primeros dias de mi llegada a París, y no conocia a ningun director de teatro, pues desde mi reunion con Rosa habian trascurrido tres meses como un sueño, y los dulces cuidados con que me ocupaba de ella y de su porvenir me habian absorbido completamente. De

esos cuidados de cada momento, de esa comunión de almas que nos identificaba, mi ternura hacia ella habia salido mas fuerte y mas seria, y comprendia los deberes que me imponia al paso que saboreaba los derechos que me daba. No consideraba ya nuestras relaciones como un vinculo pasajero, sino que queria hacer nuestro amor duradero y respetado, uniendo para siempre su vida a la mia, para lo cual habia resuelto en mi corazon el casarme con mi amiga... ¡Amoroso sueño acariciado en el santuario de mi pensamiento, que yo le habia callado, queriendo hacer de él una sorpresa y una recompensa el día de nuestro triunfo! Quizás cometí una falta con este silencio...



Rio de las Amazonas y su primera vejetacion.

ratura y la historia. El amor me hacia maestro de escuela.

Rosa anhelaba saber; era viva é inteligente; aprovechó admirablemente los consejos que yo tanto me complacia en darle, y en poco tiempo se halló en estado de comprenderlo todo. Muy encantadoras eran esas lecciones en que el estudio no era entre nosotros mas que una sabrosa conversacion; pues aunque principiábamos seriamente, bien pronto la alegría desbordaba nuestros corazones felices, ó bien alguna tierna confianza interrumpia el trabajo. A menudo se olvidaba el libro, la alumna insurrecta regañaba á veces al maestro gozoso con esas locas disputas, y bien pronto se hacian



Rio de las Amazonas y su primera vejetacion



La Noche de Navidad, cuadro de Antonio Alegri, llamado el Corregio, en su patria de Dicastro.

Ha influido en los acontecimientos que tuvieron lugar? ¿Habrian estos sido otros sin él? No lo sé; pero si cometí una falta, la he espiado bien cruelmente.
De todas sus antiguas amigas, Rosa solo habia conservado una, que era una jóven á quien habia conocido en sus cursos de declamacion y que, como ella, se destinaba á la carrera dramática. Llamabase Julia, tenia veinte años, y codiciaba el papel de graciosa que estaba en evidente armonia con el carácter de su fisonomia y su agudeza, pues era imposible hallar ojos mas vivarachos, nariz mas arremangada, ni mejillas con hoyuelos mas lindos. Además, era alegre, viva, reidora, siem-

pre negligente, burlona y á veces impertinente, pero sabiendo compensar sus defectos con una sincera adhesion á las personas á quienes amaba. Solo ella habia seguido frecuentando nuestra humilde morada, sin que tuviese valor para prohibirle su acceso; pues si bien su sociedad me parecia algo ligera, y sus modales de un gusto dudoso, era buena amiga, y su verbosidad satirica, sus chistes imprevistos, y su constante buen humor animaban nuestra casita y divertian á Rosa, á quien yo no queria privar de toda distraccion.
Una mañana entró Julia en nuestra casa con los ojos mas brillantes, el aire mas determinado y la voz mas vibrante que

de costumbre. Era evidente que le habia ocurrido alguna cosa feliz. Al entrar arrojó sobre una silla su chal y su sombrero, y principió á bailar. Nosotros, acostumbrados á sus originalidades, la mirabamos riéndonos, cuando de súbito se paró y dijo:
—¡Amigos míos, á todo trabajo llega su recompensa! Felicitadme.
—¿De qué? preguntó Rosa.
—Al fin soy actriz. Acabo de contratarme.
—¿Verdaderamente?
—Aquí me teneis hecha una graciosa; mi sueldo no será

gran cosa, pero es preciso comenzar, y espero que las cosas cambiarán mas tarde.

La felicitamos sinceramente de un resultado tan ventajoso como inesperado, y Julia, abrazada, cumplimentada y festejada, nos detuvo, diciendo:

—Amigos míos, no dudaba de vuestra alegría; pero ahora se trata de vosotros. El teatro en que entro es hermoso, y la compañía excelente para el drama, y allí es donde hay que acudir. Se representará en él vuestra pieza, y contratarán a Rosa, ó no me he de llamar Julia. Contad conmigo; mi divisa es: vencer ó morir juntos. Si me juzgais digna de recompensa, dadme el papel de page, y estoy segura de estrenarme bien. Ahora, os dejo para ir á hacer conocimiento con mis nuevos camaradas... ¡Adios!

Y tomando su chal y su sombrero, salió como había entrado, sin darnos tiempo para responderle.

Aquella visita nos causó una impresion profunda, y la marcha de Julia nos dejó muy pensativos. Sentados cada uno en un rincón del cuarto, nos mirábamos sin hablar palabra, aguardando el fin de un silencio que ninguno queria romper el primero, hasta que por último me decidí yo á romperlo y dije:

—Julia tiene razon; sus consejos son buenos. Mañana iré á presentar mi drama.

Rosa sonrió y me alargó la mano. Yo había adivinado su pensamiento como siempre.

El día siguiente tomé mi manuscrito enrollado con mucho cuidado, y me encaminé lleno de confianza hácia el gabinete del director de Julia; pero ignorante como entonces estaba de los usos del mundo dramático, no había previsto los obstáculos que me aguardaban. Primeramente, la completa ignorancia de mi nombre hizo que me negasen la entrada, diciéndome que el director estaba ausente; el día siguiente, me respondieron que estaba muy ocupado para recibirme; que su tiempo estaba contado, y sus negocios eran inmensos; de consiguiente me fué forzoso resignarme y confiar á manos subalternas mi precioso manuscrito y su suerte. En esa via, aun me estaba reservada una nueva decepcion: trascurrieron los días sin traerme la respuesta tan ansiada, y mi fé, á pesar de su robustez, principiaba á flaquear, porque había escrito las cartas mas urgentes sin ver romperse aquel silencio despreciable. Rosa se desesperaba; pues con la espontaneidad de deseo é imaginacion que hace á las mugeres y los niños confundir el deseo y su realizacion inmediata en el mismo círculo de ideas, lo había creído todo ganado hacia poco, como entonces lo creía todo perdido. Abandonóla el valor al mismo tiempo que la confianza; aflojóse la fibra de su energía para el trabajo; desquidó los estudios, y le faltó poco para quemar los libros y manuscritos y volver á la labor de aguja tan menospreciada antes. Rosa tenía un carácter apacible y dulce, propio para los triunfos fáciles y no para las rudas emociones de la lucha, y debía palpar bien luego esta verdad. En cuanto á mí, aunque mi conviccion era mas profunda y mi corazón mas firme, confieso que de vez en cuando me sentía invadido de un amargo desaliento y picado por las lancetadas de una cólera sorda.

Nos hallábamos en esa disposicion reciproca cuando nos llegó un socorro inesperado, debido á la intervencion de Julia. La servicial graciosa nos trajo una noche un protector, uno de sus camaradas llamado Francisco, que era primer galán en el teatro. Julia le había hablado de nosotros, y á sus ruegos había consentido con bastante amabilidad en venir á vernos. Presentóse con cordialidad y fué recibido del mismo modo. No necesito decir que le confié nuestros proyectos y le leí mi drama, que él apreció de manera que me dejó satisfecho. Después de pasar algunas horas con Rosa y conmigo, se retiró considerado ya como un amigo. Al día siguiente volvió solo, y desde entonces fué el comensal de casa.

Cuando yo le conocí, Francisco era un hombre de treinta y tantos años, alto, bien conformado, de una cara bastante bella, aunque sus facciones estaban ya bastante fatigadas. Traqueado largo tiempo en medio de las mil vicisitudes de la vida de actor nómade, su fortuna le había conducido por último al teatro donde parecia haber hallado un puesto seguro. Su talento, poco castigado, pero atrevido é irreflexivo, agradaba á la multitud; su voz tenía acentos vibrantes y metálicos muy gratos á los abonados de las plazas inferiores; representaba los fatuos al natural y los seductores con verosimilitud, y sus ventajas naturales y el favor de que gozaba en el teatro le habían valido muchas conquistas, sobre cuyo capítulo mostraba una discrecion y una modestia muy medianas. Verdadero Lauzun de bastidores, su vanidad de hombre de conquistas amorosas solo tenía igual en su amor propio como artista, y á no haberse necesitado mas que su voto para ello, se le hubiera proclamado el actor mas grande de los tiempos antiguos y modernos. En cuanto á sus cualidades privadas, censor divertido, compañero alegre, siempre pronto para una partida de recreo, sabia tenerlas tiesas en una cena á los mas aguerridos, cantar una cancion báquica y referir una anecdota picante. Por lo demás, como su salud era excelente, su sueldo respetable y su papel muy aplaudido, pasaba por un camarada bastante bueno: tal es el hombre que Julia y la casualidad me depararon.

Desde la admision de Francisco en nuestra casa se había mejorado mi posicion. Mi nuevo amigo emprendió el vencer las dificultades que detenian mi marcha, y lo logró. Por su influencia, mi manuscrito obtuvo por último una lectura de aquel director inaccesible; la prueba fué favorable, y hechas algunas correcciones, fué proclamada su admision. Además, Rosa fué contratada y admitida á hacer sus primeras salidas, y tambien esto fué debido á la viva solicitud de nuestro amigo Francisco, que no perdonó diligencias ni manejos de toda especie para alcanzarnos este favor, haciéndolo con un celo, con un calor y una amabilidad que habrían debido alarmarme, si no me hubiese hallado en la edad en que se cree fácilmente en las amistades desinteresadas. Por otra parte, su actitud en medio de nosotros era perfecta, y parecia prodigar á Julia cuidados que ella apreciaba en su debido valor. Así, creí que el mejor medio de manifestarme agradecido á los servicios de Francisco era confiarle el principal personaje de mi pieza, en la que de ese modo se hallaria como de costumbre entre Julia y Rosa.

Entonces fué cuando acaricié con mas amor que nunca, en el secreto de mi corazón, el proyecto de matrimonio que entreveía en un porvenir tan cercano y grato.

Era pues cosa hecha: había trascurrido el tiempo de las pruebas; todo respiraba gozo en nuestra casa, y nos lanzábamos alegres en el porvenir, sonriendo al recuerdo de las penas pasadas.

Al cabo de poco tiempo, merced tambien á nuestro protector, principiaron los ensayos de mi drama, y vi mis inspiraciones tomar un cuerpo sobre el escenario. No cabia ya duda: yo era un autor y tenía talento, puesto que iban á representar mi pieza. Sentí á mi vez subirme á la cabeza las primeras ráfagas de orgullo; me admiré á mí mismo, y faltaba muy poco para que yo me acordase una gran dosis de genio!

En el joven escritor que, después de trabajos áridos, de esperanzas abortadas, de amarga desesperacion y deseos cien veces ahogados, y otras tantas reflorecidos, ve por último sus esfuerzos estimados, hay una trasformacion tan completa y tan violenta, que es justo perdonarle ese entusiasmo pueril, esa sencilla opinion de talento que le hace creer en su propio mérito del que él ha dudado mientras que se lo negaban; pues son tan embriagadoras las primeras alabanzas, son un néctar tan espirituoso que se saborea en la edad juvenil, al ver al mundo que se ocupa de la obra que nos debe la vida, que no es de extrañar se trastorne la cabeza de los mas fuertes, y que la embriaguez se apodere de los mas sóbrios. Con el tiempo, las desilusiones de lo pasado inspiran cordura, y el hábito de los triunfos modestia: solo la verdadera grandeza es sencilla... Una sola consideracion anublaba mi alegría.

Hacia algunos días que el humor de Rosa había cambiado de una manera sensible; ya no era la niña bulliciosa y viva cuyas travesuras disipaban tan bien mis cuidados; andaba distraida, pensativa, preocupada; su mirada había perdido aquella franca limpidez en que se ve el alma como á través de un cristal; á veces se quedaba horas enteras sentada en su sillón abismada en reflexiones, y salía de ellas con un aire brusco y nervioso que jamás le había notado. La mas leve expresion mal comprendida la ofendia y le causaba una acritud pasmosa, siendo así que de ordinario siempre había sido tan dulce; y apenas si nuestras mejores bromas le arrancaban una sonrisa furtiva que no hacia mas que asomar á sus labios. Verdad es que algunas veces reaparecia su amabilidad, y que en ciertas horas solía de súbito prodigarme gracias, caricias y ternuras mas hechiceras que nunca.

¿De dónde nacia aquella disposicion singular? No pude adivinarlo. ¿Qué tenía? Era un secreto suyo. En vano la interrogué cien veces, pues evadió mis preguntas asegurándome que no tenía ningun motivo para aquellas extravagancias, y que no debía yo tener la menor inquietud. Como por otra parte su salud no había sufrido, aguardé la llegada de la primavera sin inquietarme mucho, y mis ocupaciones me impidieron fijarme en esos pequeños accidentes domésticos, con tanta mas razon, cuanto que, mirando en derredor de mí, todo lo veía en su sitio habitual. Francisco seguía tan amistoso, tan so ícito y asiduo, aunque veíamos con menos frecuencia á Julia.

Entre tanto llegó el día del ensayo general. La víspera, Rosa había estado aun mas pensativa que de costumbre. Cualquiera hubiera dicho que tenía que hacerme alguna confidencia y no podía arrancarla de su pecho, pues me miraba ir y venir por el cuarto; sus turbados ojos seguían todos mis movimientos; entreabríase su boca para hablar, y al punto se cerraba contraida por una amarga sonrisa, mientras que sobre su frente se acumulaban las nubes de un pensamiento sombrío. ¿Qué podía agitarle de aquel modo? ¿Pesares ó temores? Dios lo sabe; pero sin duda no era el sentimiento de su ternura hácia mí, pues hacia algunos días que las avejillas tan parladas de nuestro amor habían cesado de cantarse su corazón!

Corrió hácia mí, apoyó su cabeza sobre mi hombro, y en esa postura sorprendí una lágrima silenciosa que corría por su mejilla y mojó la mia, al paso que sentí la opresion de su corazón.

—¿Qué tienes? le dije.

—Nada.

—¿Pues estas llorando! ¿con que ya no puedo compartir tus pesares?

—No te alarmes. Estoy pensando en la prueba decisiva que nos aguarda mañana, y por mas que hago, tengo miedo... ¡Si al cabo de tantos días de espera saliésemos mal!...

—Si no es mas que eso, le dije, tranquilízate, todo saldrá bien; estoy seguro del triunfo.

—¡Dios te oiga! ¡tengo tanto deseo de que seas feliz!

Dijo estas palabras con un tono tan singular, que me chocó, pues en su mirada y en su voz había una sensibilidad inesplicable. Volví hácia ella y le pregunté de nuevo si tenía alguna cosa que confiarme. Rosa se arrojó á mis brazos, y abrió la boca como si al fin fuera á aliviarse, hablando, del peso que le ahogaba; pero de súbito exclamó:

—¡No, no, no tengo nada que decirte! Estaba loca; tienes razon, todo saldrá bien.

Llegó el día siguiente sin haber podido recabar mas de ella. La fiebre de autor que se estrena me arrebató y me hizo olvidar ese pequeño incidente que yo atribuía á un capricho de muger.

El ensayo general debía hacerse por la noche, para cuya solemnidad el teatro había suspendido sus funciones. Llegué á las siete en punto, antes que los mozos de teatro, antes que los actores y que todo el mundo. Rosa se metió en su cuarto á repasar su papel por última vez, y yo me quedé considerando aquella sala muda y sombría que el día siguiente, llena de luz y poblada de mis jueces, debía ver mi triunfo ó mi derrota. En medio de los confusos pensamientos que me agitaban, me complacía en sondar con la vista aquellas profundidades oscuras; apoderóse de mí una especie de éstasis, y mi imaginacion vió la sala tal como debía estar á la hora de la representacion que iba á decidir de mi porvenir. Admiraba yo la guirnalda de señoras engalanadas al balcón, y la alborotada mar de cabezas humanas ondulando en el patio, cuando de súbito se animan los mil espectadores, resuenan sus bravos, oigo gritos, se prepara una ovacion que se presente el autor... los artistas van á llamarme á las tablas, jadeante, embriagado, fuera de mí de gozo... y hé ahí que una mano helada retiene la mia... Todo había desaparecido; la noche se cernía sobre mi cabeza, y me hallaba enfrente de un espectro repugnante, cubierto de andrajos que me miraba con una sonrisa sardónica... Era como un delirio espléndido y horri-

ble á la vez, del que no podía sustraerme, como no podemos sustraernos de esas pesadillas hijas de las noches sombrías que suelen oprimir el sueño.

La llegada de los comediantes me despertó sobresaltado presentándome la realidad. Yo tenía calofrios y estaba pálido, y como Julia me reconociese al pasar, se paró y me dijo:

—Y bien, mi pobre amigo, ¿qué tienes? No hay que apesarse, pues no merece la pena.

La dejé sin comprender el sentido de estas palabras estravagantes.

Alumbraron el teatro, que brilló como un faro en medio de las tinieblas en que estaba sumida la sala, y me fui á sentar en un rincón oscuro de la orquesta.

Principió la pieza, y se presentó en la escena Rosa mas linda que nunca. Parecía conmovida, pero su modo de representar, lejos de padecer por eso, adquiría algo de nerviosa y dolorosamente apasionado que aumentaba su fuerza dándole nuevo vigor. Julia, que solo representaba en el primer acto, desplegó un atolondramiento original y que agradó mucho, y hasta Francis se sobrepujó á sí mismo. En fin, todo marchaba admirablemente, y muchas veces los empleados del teatro y los músicos, electrizados por situaciones tiernas é interesantes, aplaudieron anticipadamente la obra y sus intérpretes.

En el tercer acto, Francisco se distinguió aun en una escena de amor con Rosa. El hermoso actor desplegó tanto calor, interpretó su papel con tanta verdad, que me quedé pasmado. Sin embargo, Rosa acojía sus trasportes con una turbacion y un encojimiento admirablemente representado. Aunque yo estaba muy lejos de pensar en los celos, no sé por qué me desagradó aquel ardor del enamorado. Percibí por primera vez los inconvenientes inherentes á una relacion con una muger de teatro, y me admiré de los peligros de la comedia. Hasta habría querido, en detrimento de mi obra, que Francis representase con menos verdad su personaje, y no saliese de las condiciones de una frialdad conveniente; pero entre tanto él continuaba la escena sin sospechar el desagrado que me causaba su talento. En fin, al cabo de una declaracion muy sentida, en un momento en que debía abrazar á Rosa, la estrechó en sus brazos con tanta pasion, que todos sus camaradas le aplaudieron un tiempo. Yo estaba mudo y despedazado de emociones en mi butaca, cuando de súbito oí la voz de Julia, que colocada delante de mí no podía verme en la oscuridad, murmurar distintamente:

—¡Pobres tontos que le aplauden! Como si fuese talento el tener el aire de amarla, cuando hace tres días que es su amante!

Esas palabras fueron un trueno que me despertó. Rápido como un tigre herido, sin aguardar á que concluyesen los aplausos, salté sobre las tablas á través de la orquesta, y exclamé con vibrante voz y arrojándome sobre Francisco:

—¡Ah! ¡conque eres su amante!

Al mismo tiempo levanté como una pluma una pesada silla de madera maciza para romperle el cráneo. Se arrojaron sobre mí: yo rugía como un leon, estaba loco, y varias veces los derribé á todos para llegar á mi enemigo, á quien entreveía tras una nube de sangre. Rosa se arrojó á mis pies, y oí su voz ahogada por los sollozos que me gritaba:

—¡Perdon! perdon!

Terrible confesion! Conque era cierto! Era culpable! Sentí flaquearme las piernas y desfallecer todas mis fuerzas. Hasta entonces, solo el furor había hecho su esplosion; pero entonces acababa de recibir su golpe. Francisco había desaparecido: rechacé á la desdichada que me alargaba los brazos, y arrancando el manuscrito de mi drama que hice mil años, me lancé fuera del teatro.

Ignoro adonde condujo el acaso mi carrera desordenada. Caminaba siguiendo mis pensamientos; se desgarraba el velo que cubria mis ojos; recordé por una intuicion retrospectiva una multitud de indicios que habrían debido instruirme: el cambio de Rosa hácia mí, su turbacion, las repetidas visitas de Francisco, el interés sin motivo que me había mostrado, cien palabras características, mil pequeñas circunstancias inapreciables en el momento, y me sacié de los dolores de la espantosa verdad.

A eso de las tres de la mañana me hallé delante de mi casa, pero pasó toda la noche sin que Rosa volviese... me había abandonado! Yo veía desierto aquella morada, hacia poco llena de nuestros amores; las paredes no tenían eco, ni las flores perfumes; toda aquella pobre morada tomaba un aspecto desolado... ay! no estaba allí el hada que la llenaba de sus encantos. Cada recuerdo envenenaba mi llaga; á cada paso tropezaba con esa terrible fantasma que llaman el vacío... me quedaba huérfano por segunda vez.

Todo cuanto el hombre puede sufrir, creo que lo sufrí yo durante las largas horas de aquella noche... ¡Ya no quedaba para mí esperanza alguna de triunfo, de felicidad, de amor! En un instante se había desmoronado el edificio del que cada piedra me había costado tantos afanes y cuidados, cuyo interior había yo tapizado con todos los gozes de la juventud, del deseo y de la creencia. De Rosa había hecho ya toda mi vida, y hé ahí que de súbito mi vida se había marchado. En fin, sintiéndome morir, me eché en mi cama y estuve llorando amargamente largo tiempo!

Cuando salió el sol, yo había envejecido muchos años! La pluma se me cae de la mano, y necesito pararme un instante. No obstante el tiempo que me separa de aquella noche fatal, no puedo recordarla sin estremecerme. No, el hielo de la edad y los esfuerzos de la resignacion no han cicatrizado aun la llaga que me devora. Mi sangre se rejuvenece y hierve siempre que recuerdo esa catástrofe de mi vida, y el viejo atleta, hallando fuerzas para el sufrimiento, se retuerce como en los primeros días bajo las mordeduras de la pasion, bajo las lancetadas de la desesperacion... ¡Triste vértigo que agolpa á mi corazón todos los pesares del tiempo pasado!

Durante toda la noche no pensé mas que en Rosa, y solo por la mañana pensé en Francisco. ¿Qué debía hacer? ¿Desapropiarle? ¿Pedir á la bala de una pistola, á la hoja de una espada el castigo de su injuria, una reparacion? No; la palabra reparacion vibraba como una ironía, y en cuanto al castigo, por la casualidad hacer traicion á mi justa causa, y mi venganza queria medios seguros. Si un hombre recibe de otro un ligero ultraje, solo se resiente su orgullo; entonces se recurre á la suerte de las armas, verificase el duelo, y queda satisfecho el honor tal como la sociedad lo entiende; ante un

desastre tamaño como el mio, no queda mas que el instinto primitivo, el instinto humano. En el primer momento, de seguro habría matado á Francisco como el salvaje mata á su enemigo; pero mas tarde se me representaba como el cómplice subalterno de la desgracia que me habia alcanzado, y solo el nombre de Rosa brillaba ante mis ojos dejando todo lo demás en las tinieblas. La habia perdido, y ahí estaba toda mi desgracia; pero, ¿para quién y por quién la habia perdido? Apenas podía decirlo; solo que como el aspecto de Francisco habia repugnado mi mal, no queria verle por nada de este mundo, y desdeñaba ocuparme de que fuese la ausencia ó la muerte la que de él me desembarazase. ¡El corazon humano tiene estranos abismos!

Sali y me presenté en casa del comediante, que sin duda se prometia mi visita, y fui admitido despues de algunos minutos de espera, durante los cuales oí un gran ruido de puertas que se abrían y cerraban. Era evidente que evitaba mi encuentro alguno á quien era penosa mi vista; tal vez era Rosa. Por último se presentó Francisco, pálido y serio como un hombre que prevé acontecimientos graves; pero tenia un aire de resolucion y me recibió con urbanidad. Yo me adelanté hacia él, y le dije con tono sosegado:

—Francisco, vos os llamabais mi amigo, y habeis desmentido vuestras seguridades de amistad; me habeis robado á Rosa que formaba todo mi bien, y habeis matado mi honor en las tinieblas. Mentir, robar, matar, es todo lo mas infame que puede hacer un hombre.

—¿Señor!—esclamó estremeciéndose bajo este apóstrofe.—

—Señor! tamaño insulto... —Es merecido, respondí; pero tranquilizaos; he concluido. No vengo aquí á injuriaros, y si os he dicho el nombre que merecia vuestra conducta, es porque lo juzgaba necesario para haceros comprender lo que aguardo de vos.

—¿Quereis que os dé una satisfaccion? Corriente, señor, estaré á vuestras órdenes.

A estas palabras, tomó una actitud engreida; pero yo habia sufrido demasiado, no era bastante jóven para arrebatarme de consiguiente continué con tono reposado mirándole bien á la cara, y con voz muy clara:

—Me habeis comprendido mal; porque si en un duelo os favoreciese la suerte, entonces habiendo satisfecho á mi justa demanda, podriais presentaros de nuevo en la sociedad y sus traeros de lo que he resuelto irrevocablemente. No, no es eso lo que quiero.

—Entonces—me respondió con una amarga sonrisa,— ¿qué venis á pedirme?

—Voy allá. Como no quiero de hoy mas estar espuesto á encontraros, y vuestra vista me seria demasiado penosa, vengo á ordenaros que salgais de París dentro de veinticuatro horas. En cuanto á Rosa, será libre de hacer lo que la agrade, pues la he amado mucho para perseguirla.

De la pieza contigua salió un sollozo ahogado al mismo tiempo que el actor respondia:

—Jamás consentiré en partir!

—En ese caso, repuse, os prevengo que donde quiera que os encuentre, sea de dia ó de noche, solo ó acompañado, en el teatro ó en la calle, os mataré sin vacilar y sin piedad como se mata á una fiera que nos ha mordido; y estad seguro de que no erraré el golpe, porque estoy muerto á todo interés como á todo temor, y no será por una vana herida por lo que la justicia me quitará la vida si quiere.

—Pero eso es un asesinato!—esclamó asustado de mi tranquilidad, mas terrible que ninguna cólera.

—¡Dios mio! sí; pero lo haré como lo digo, si os obstináis en vuestra negativa. Teneis veinticuatro horas para decidirlos.

Dichas estas palabras, sali con la misma calma y frialdad con que habia entrado, sin volver la cabeza, sin tratar de averiguar si la que yo habia oido era Rosa. Durante esa conversacion, mi brazo no habia hecho un ademán, mis ojos no habian despedido una mirada de cólera, ni mi voz se habia elevado una nota; pero cuando me hallé en la calle, me desmayé súbitamente, y me trasportaron á casa sin conocimiento.

En la misma tarde, Francisco rescindió su contrata, dos dias despues marchó para el extranjero, y desde entonces no he vuelto á oír hablar de él. En cuanto á Rosa, evité el preguntar á nadie lo que se habia hecho, pues queria desterrarla de mi memoria.

Yo habia comprendido que no podia curar mi mal sino fatigando mi pensamiento, dándole nuevos alimentos, arrancándole violentamente de mis recuerdos.

Principié de nuevo la vida, emprendiendo otra vez mi tarea como la araña cuya tela acaba de ser arrebatada por el viento. Habia rasgado el manuscrito de mi drama, y por otra parte, aun cuando le hubiese conservado, me seria ya un objeto de horror. De consiguiente, trataba de volver á la existencia solitaria y encerrada del trabajador, y de ponerme á la obra como en otro tiempo, con fé, con juvenil ardor, y la alegría de menos, y el pesar y la desilusion de mas. Fuera de esto, necesitaba anudar con otro teatro las relaciones rotas en el otro por la explosion irreflexiva de mi cólera. Al cabo de muchos dias empleados en paseos de meditacion, ó en invocar en mi cuarto la inspiracion fugitiva, hallé el argumento de un nuevo drama. El trabajo servia de tregua á mi pesar; el único refugio de las almas doloridas es el trabajo, pues tiene placeres austeros, derechos imperiosos, observaciones tiránicas durante las cuales se adormece y calma el sentimiento del mundo exterior. El trabajo es el sueño activo que el cielo da á los desgraciados para amortiguar sus dolores. Iba tomando apego á mi obra nueva, que crecia ya como un niño que se desarrolla con la edad; renacia progresivamente mi esperanza al mismo tiempo que la confianza en mí mismo; habia en mí ser una regeneracion sostenida, aunque lenta, y me veia entregado de nuevo á mi carrera y á mi destino. Un año trascurrió así, y me creia salvado, cuando un nuevo acontecimiento me arrojó otra vez en el abismo de que no sali jamas.

Despues del trabajo de un largo dia, para evadirme de los peligros de la soledad inocupada, entré en un teatro sin haber mirado siquiera en el anuncio la pieza que se iba á representar. Sentado en un rincon y medio absorto en mis reflexiones, seguí la pieza con oído y ojos distraídos. De súbito, entró en escena una muger, hablé, y creyendo yo que era un sueño, di un grito ahogado... ¡Era ella! ¡era Rosa! Rosa á quien tanto habia amado y á quien no habia vuelto á ver desde su marcha;

Rosa, mas bella que nunca, con flores en los cabellos, el amor en los ojos, la primavera en los labios, acojida con entusiasmo, festejada, aplaudida, llena de encantos y seducciones!

Quise huir, pero me flaquearon las piernas; quise cerrar los ojos, pero se abrieron á despecho de mi voluntad, y una fuerza irresistible me clavó sobre mi banqueta y me tuvo estático y fascinado ante la hermosura de aquella muger, ante su talento y su triunfo... sufría como una alucinacion en que parecia huir mi razon, concentrarse todas mis facultades en una aspiracion devoradora.

Al cabo de dos horas de ese suplicio, sali por último lleno de rabia y de deseos, de pesares y de amor. Todo lo olvidaba, todo lo perdonaba, todo lo ignoraba; era un débil, un insensato, un cobarde, todo lo que querais; ¡yo la amaba!

De nada habia servido un año de combates y esfuerzos sobrehumanos: la roca de Sísifo caia de nuevo sobre mi cabeza é iba á aplastarme: estaba perdido.

Corrí á casa de Rosa sin poder hallarla allí: la escribí una carta á que no me respondió; la aguardé á la puerta del teatro, pero estaba siempre acompañada, y no podia acercarme á ella. Exasperado con ese desvio constante, la tomé con uno de los que la acompañaban y le desafié, pero él se negó á batirse con un desconocido. Otra vez me lancé tras ella en el momento de subir al coche; pero, en la oscuridad, no percibí que se habia cerrado ya la portezuela, los caballos partieron, me derribaron y me pisotearon. Esa ocurrencia me postró en cama durante un mes, y despues que curé no me atreví á principiar de nuevo mis tentativas, temeroso de estar otro mes sin verla.

Con esos obstáculos se aumentó aun mas mi pasion, si posible era, sin que bastasen á impedirlo razonamientos, humillaciones ni sufrimientos: mi pasion llegó á ser una monomanía, una absorcion, una rabia, á cuyo lado mi amor de otro tiempo era un deseo de niño; queria á Rosa, me era necesario ver de nuevo en nuestro antiguo aposentito, que yo habia conservado, á mi Rosa de los antiguos dias que me habia amado tambien: esa era mi idea única y constante.

(Concluirá.)

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

CAPITULO X.

—Ya sé que adorais á la señorita de Rencey, dijo Coraly, y que ella os ama.

—Hablais como quereis, encantadora amiga mia.

—Decid que miento ó que me equivoco, capitán hechicero.

—En fin, señorita, dejando á un lado lo que me toca personalmente, ya veo que no teneis á bien manifestar vuestra opinion respecto á la señorita de Rencey, y en eso correspondéis mal á la conducta que yo he observado, dejándoos el campo libre en vuestra singular visita.

—Mi opinion se reduce á que la señorita de Rencey es bellísima, distinguidísima y virtuosísima, y que tiene un carácter enérgico con apariencias de dulzura. ¿Estais contento?

—Os doy mil gracias, adorable Coraly.

—¿Quereis saber mi opinion sobre otra cosa?

—¡Ah! Hablad, señorita, hablad.

—Aun cuando os desesperais, debo deciros que un hombre de estos tiempos debe ser altamente desgraciado con una muger semejante.

—No hablemos de eso.

—¡Hola! ¿Con que teneis miedo, caballero oficial?

—No por cierto. Además, ¿quién os ha dicho que yo piense en solicitar la mano de la señorita de Rencey? Al efecto, es indispensable el consentimiento de su padre, y suponiendo que el marqués llegue á curarse de su locura, ¿se curará de la enemistad que me profesa? ¿no detesta el nombre de Vitry?

—Capitán Raimundo, por Dios que no puedo explicar vuestra conducta. Si no abrigais la menor esperanza de casaros con Elena de Rencey, ¿por qué la galanteais?

El argumento no podia ser mas contundente y no tenia réplica. El capitán, en vez de contestar, llenó su vaso de vino de Ai, y lo vació de un solo trago.

—Si, añadió Coraly, bebed cuanto querais; yo tambien beberia, si hubiera cometido alguna mala accion, á fin de huir de mí misma. Me mirais incomodado, capitán, y parece como que me decís que no habeis cometido la mas pequeña falta contra el honor, que sois muy severo acerca de este punto, y que os teneis por hombre honrado y por oficial pundonoroso: convengo en todo y os creo firmemente; pero vuelvo sin embargo á repetir mi pregunta: si no teneis esperanzas de casaros con la señorita de Rencey, ¿por qué la galanteais?

—No se galantea á una jóven como esa, respondió el capitán, figurándose que con estas palabras saldria del apuro.

—¡Ja! ¡Ja! la contestacion es graciosísima: supongamos que Elena sea una santa; en este caso no la galanteais; cierto, ciertísimo; pero os haceis culpable de sacrilegio para con ella.

—¿Cómo! esclamó el oficial.

—Dándole citas, dirigiéndole apasionadas declaraciones, pidiéndole el profano favor de besar su mano y contemplar su adorable rostro, é imprimiendo un sonoro beso en la bellísima mano que se os ha presentado á través de un ventanillo; mano preciosa, cuya forma suave y encantador perfume habeis encomiado.

—¡Ira del infierno! gritó el capitán asustado. ¿Quién os ha dicho eso?

—Lo he visto y lo he oido.

—¿Con que habeis espionado esta mañana una conversacion?

—Soy incapaz de semejante supercheria; pero se me habia admitido á la cita... Detrás de la puertecilla del parque... prosiguió la implacable Coraly: el ventanillo estaba abierto, capitán, y por él habeis emitido vuestra confesion amorosa...

—Nunca hubiera consentido la señorita de Rencey que presenciáseis semejante diálogo...

—Y yo hubiera obrado así en igual caso, caballero. Vamos; vale mas confesar que el amor es ciego: hé aquí mi mano; buscad en ella las señales del beso que habeis estampado, con direccion á la señorita de Rencey.

—Os burlais de mí, Coraly...

—No, pero me he burlado.
—Es imposible: me engaños... mentís...
—Esto ya pica en serio. Pues bien, caballero oficial, yo marchó á París, y dentro de dos dias podreis leer en los periódicos una carta, que comprometerá mucho á cierto director y al capitán Raimundo. Vos mismo me la habeis entregado esta mañana.

—¡Ah! exclamó el capitán ocultando el rostro: estoy perdido.

—Comprendo vuestra ansiedad, capitán, le dijo Coraly, pues habeis confiado á una débil muger una carta de Sieyes que puede hacer abortar la revolucion proyectada. Sieyes se separa del Directorio y se pasa al partido de Bonaparte, es decir, al de un dictador que viene á encadenar la República. Vos poseiais el secreto de ese golpe de estado y lo habeis dejado traslucir, esponiéndoos á ser denunciado al poder. ¡Oh debilidad del corazon! Hé ahí los peligros de un amor exclusivo y violento. El talento mas sobresaliente cede ante los atractivos de la belleza y de una amorosa mirada: una mano blanca y sonrosada puede echar por tierra los mas grandes proyectos. ¡Miseria, eterna miseria del corazon del hombre! Un militar que se rie de veinte baterías que vomitan la metralla y la muerte, se prosterna ante una muger... Convenid conmigo, capitán, en que el orgullo es una cosa muy pequeña y despreciable.

—Basta, señorita, repuso el oficial consternado: ya veo que vuestra sublime amistad solo era una traicion friamente calculada. Habeis venido á perderme... Pues bien; cumplid vuestra comision, y vuestro nombre vivirá en la historia con el epíteto de infame que ha conquistado.

—Gracias, caballero, me conoceis perfectamente: os he salvado tantas veces por tener el gusto de mataros con mas crueldad. La razon es clara; me guian los celos, supuesto que os amo y que vos amais á otra muger.

—¿Os he ofrecido alguna vez, por ventura, una adoracion hipócrita? ¿Qué juramentos podeis echarme en cara?

—Lo que os echo en cara es un bárbaro disimulo y los exagerados elogios, que yo, tan cándida como estúpida, he aceptado como la verdadera expresion de un alma entusiasmada. Si; sois culpable de mis dorados ensueños de felicidad, por no haberme despertado á tiempo; sois culpable por no haber sido conmigo tan franco como al frente de las huestes enemigas; porque no me habeis asesinado de un golpe, en vez de reservarme una lenta y dolorosaagonia.

Lágrimas ardientes surcaban el hermosísimo rostro de Coraly, y el capitán, olvidando el peligro que tanto le habia afectado un momento antes, solo vió su amargo y sublime dolor. Se arrojó á los pies de la bella jóven y la pidió perdon de sus faltas, jurando que nada en el mundo le inspiraba tanta admiracion, como la nobleza de sentimientos y el carácter verdaderamente heroico de la muger cuyas manos estrechaba entre las suyas. La escena fué tiernísima, y solo faltó el amor para completarla. Coraly sin embargo no podia equivocarse respecto á las atenciones obsequiosas de Raimundo: era decididamente su mas querida amiga, pero Elena de Rencey era su amada.

—Levantaos, caballero, le dijo por último, pues no soy la muger virtuosa que adorais, y es preciso terminar de una vez este drama perpétuo de un corazon herido, que no puede resignarse á su desgracia. ¡Oh! Yo lucharé enérgicamente con mi destino, y en esto tal vez ganará á la señorita de Rencey, por muy afligida que se haya visto en los floridos dias de su juventud. No hablemos ya de lo pasado y prosigamos la carrera de la vida con serenidad, diciendo con el árabe: *estaba escrito*. Voy á París ¿y vos? porque os veo en traje de viajar, y Sultan está en el patio.

—Me dirijo á la Provenza, al encuentro de Bonaparte.

—¿Y la policia, capitán?

—No la temo.

—¿Qué pasaporte, qué salvoconducto habeis recibido?

—Un mensaje del Directorio para el general en jefe del ejército de Egipto.

—¿Le ofrece el poder el Directorio?

—No, señorita: quiere instruir al jóven general acerca de la verdadera situacion en que va á colocarse y á colocar la república, volviendo á Francia con el propósito de aspirar á la dictadura. El Directorio ha creído que yo, mejor que otro alguno, podria esponer clara y francamente el estado de los negocios: Bonaparte sabrá la verdad y obrará despues con arreglo á sus inspiraciones. Concluida mi comision, mi puesto es el que me señale mi general.

—¿Y seguireis su suerte?

—Sin mirar á retaguardia, señorita.

—Dichoso César, que tal entusiasmo inspira! dijo Coraly; y añadió en voz baja: ¡Dichosa Elena!

Les fué preciso separarse, y aquel momento entristeció sus corazonces: Coraly tenia ya hechos sus preparativos de viaje, y no le faltaba mas que despedirse de su querido capitán. Sacó su cartera, cojió de ella un papel, y se lo presentó á Raimundo diciendo:

—Ahí teneis, caballero, la terrible carta que debia trastornarlo todo, y por consiguiente perderos: tomada y rivid persuadido que la señorita de Rencey no hubiera guardado mejor que yo el secreto que encierra. Tened asimismo cuidado de no estrechar la mano de otra persona, cualquiera que sea, sin reconocer primero la lealtad de sus sentimientos por la expresion de su rostro. El abate Sieyes debe ignorar siempre el peligro que ha corrido su cabeza en el ventanillo de una puerta.

No trataremos de referir la despedida de Coraly y del capitán Raimundo: seria preciso pintarla, y solo disponemos de una tosca pluma. El propietario del *Faisan* estaba inconsolable desde que supo la partida del amable huésped; algunas viajeras se enjugaron furtivas lágrimas, y los políticos de la mesa redonda le saludaron con el título de *gran ciudadano*. A las diez en punto echó á andar la silla de posta con faroles encendidos, tomando la direccion del puente del Loira, es decir el camino de París: al mismo tiempo montaba á caballo en el patio de la fonda un capitán de dragones, quien despues de saludar afectuosamente con la mano á nuestro célebre *currutaco*, echó á andar por la calle *Mayor* de Tours, en direccion opuesta al Loira. No bien salió por la puerta del Mediodía, cuando el fogoso Sultan partió al galope, como si volase hacia el desierto.

CAPÍTULO XI.

El desembarco.

Era la mañana del 8 de octubre, y los habitantes del puerto de Frejus corrían hacia el muelle y hacia las alturas que cercan su bahía. Se habían avistado en el golfo varias velas, que al parecer se dirigían á la rada, y sus banderas tricolores daban á entender que eran buques pertenecientes á la República francesa. Procedían de Tolon ó del cruceo estacionado en las aguas de Génova? Hé aquí la cuestión que nadie podía resolver en Frejus. Habiéndose divisado claramente dos fragatas y dos bergantines de guerra, las autoridades municipales se reunieron á deliberar, y acordaron que saliese del puerto una embarcación con el objeto de reconocer la intención de aquellos buques, cuyo inesperado arribo ponía en movimiento á las poblaciones rurales inmediatas. La embarcación se hizo á la vela llevando á su bordo á dos consejeros municipales y á un oficial de caballería que había llegado á Frejus el día antes, y que se empeñó en formar parte de la expedición en reconocimiento de la escuadrilla.

Al cabo de una hora volvieron los primeros, y apenas pusieron los pies en el muelle, cuando se vieron acometidos por la multitud que los acosaba á preguntas. Estaban muy preocupados, y desde luego declararon que únicamente darían cuenta de su comisión á la municipalidad reunida: en cuanto á los marineros de la embarcación, se les dió el orden de desatracar, á fin de que no contestasen á ninguna pregunta. A pesar de estas precauciones, observaron los curiosos que el oficial de caballería que se había embarcado con los municipales no había vuelto, lo cual les hacía formar mil conjeturas respecto á la visita misteriosa de los buques avistados. El consejo municipal deliberaba, y la puerta de la casa consistorial se veía sitiada por grupos cuya agitación crecía por instantes, cuando se oyeron extraordinarios gritos por la parte del muelle: la multitud se dirigió á él, y vió cinco embarcaciones que á fuerza de remos navegaban con la proa puesta á la población: eran cuatro botes y una chalupa de los buques que acababan de fondear en la bahía. Los habitantes de Frejus distinguían perfectamente los uniformes, y aunque duraba todavía la deliberación del consejo municipal, nadie se cuidaba de ella.

Un oficial saltó al muelle desde la chalupa y pidió que se le condujese á las autoridades de la población; pero le fué imposible conseguirlo, porque mil voces le manifestaron que, si lo deseaba, irían á llevar hasta el muelle á toda la municipalidad en cuerpo y alma, pidiéndole en recompensa que calmase la ansiedad pública, escitada por la aparición de los cuatro buques de guerra.

—Amigos míos, dijo el oficial, mi deber es entenderme con las autoridades; pero no me está prohibido responder á vuestras preguntas. Esa escuadrilla viene de Egipto, y el general en jefe está ya entre vosotros.

Difícil sería describir el entusiasmo general que produjeron estas palabras: tan estrepitosas fueron las aclamaciones, que la municipalidad en masa abandonó la sesión y fué á mez-

clarse entre la multitud, cuya exaltación no conocía límites. Todas las embarcaciones del puerto se pusieron en movimiento como por encanto, y mas de la mitad de los habitantes de Frejus salieron al encuentro del general Bonaparte, cuya falúa escoltaron hasta el muelle. Al desembarcar en él, encontró el general una partida de soldados guarda-costas que le presentaron las armas, y una muchedumbre frenética que quería llevarle en triunfo. El corregidor de Frejus, acompañado de la municipalidad, recibió al vencedor de Egipto con tantas demostraciones de respeto, como si tuviera órdenes de tributar al general todos los honores que le eran debidos. El pueblo, por su parte, no hacía caso de las precauciones sanitarias de costumbre. ¿Había apestados á bordo de aquellos buques procedentes de Egipto? Nada importaba esto para el

oficiales con uniformes franceses y armados como los mamelucos, impresionándole solamente la tez morena de sus rostros ennegrecidos por los abrasadores rayos del sol de Egipto y de la Siria.

Mientras se efectuaba la reunión en tierra de todos los equipajes, el general en jefe, ansioso de saber noticias de París, llevó á un lado al oficial de caballería, que había ido con los municipales de Frejus al reconocimiento de la escuadrilla. Este oficial era el capitán Raimundo, que había llegado al pueblo el día antes, después de ocho ó nueve días de camino en el famoso *Sultan*, cuyo vigor é intrepidez conocemos. El capitán y su general tomaron una senda que conducía á un bosque de encinas á orillas del mar, y allí, sobre la blanca arena unas veces, otras á la sombra de los corpulentos árboles, entablaron una conversación seria y animada. En mas que probable que el capitán Raimundo llenase cerca de Bonaparte, con su reconocida lealtad, la misión de que se hallaba encargado. No disimuló indudablemente á su jefe superior los riesgos á que le exponía su inesperado regreso, considerado por el gobierno de la República como una rebelión abierta; pero tampoco le ocultó las faltas del Directorio, el descrédito en que habiéndose caído el júbilo con que las poblaciones, y sobre todo París, habían sabido que el vencedor de Egipto estaba en las puertas de Francia. El general escuchó con profunda atención todo cuanto le refirió su oficial ayudante: silencioso y absorto en un caos de reflexiones, contemplaba la arena que pisaba, como si quisiera leer el secreto del porvenir en los accidentes particulares de aquella playa, azotada por los vientos del mar.

Acercábase entre tanto la noche; pero se había terminado ya el desembarco y se hallaban reunidas muchísimas carretas para la conducción de los equipajes del general en jefe, sus tenientes y demás individuos de su séquito. Bonaparte conoció que no se debía perder un momento, designó á Berthier, á Lannes y á Murat, á quienes consideraba como sus mejores amigos, para que le acompañasen, y partió con ellos, no bien cerró la noche, en una especie de carricoche, al cual se engancharon excelentes caballos de posta. Su intención era atravesar los montes de Esterelles y dirigirse por Draguignan á la alta Provenza, para salir al camino de Lyon



Aldeana romana pintada por A. Riedel.

pueblo, y la cuarentena era un absurdo comparada con la alegría general, pues todos querían estrechar las manos á Bonaparte y á los oficiales que le acompañaban.

—Sí, sí, gritaban; mas queremos la peste que los austriacos, y estos entrarían pronto en Francia, si no hubiera vuelto el general.

Aquel primer paso en el territorio era una entrada triunfal, y desde aquel instante vió claro Bonaparte en su destino: la población del puertecillo de Frejus acababa de revelar el recibimiento de toda la Francia.

El desembarco de todos los bagajes y el de los caballos se llevó á efecto con la mayor celeridad imaginable, y no hubo marinero en el puerto que dejase de tomar parte en esta operación. El pueblo no se cansaba de contemplar á aquellos

en las inmediaciones del Drome. Era la línea mas recta, y por ella iba á encontrarse en localidades con cuyas simpatías podía contar á todo trance.

No le seguiremos en su viaje: escoltábase la fortuna, como á Cesar cuando marchó sobre Roma, después de haber pasado el Rubicon.

El capitán Raimundo no salió de Frejus hasta el día siguiente, pues aunque su presencia en París era muy necesaria á los intereses del general, había encontrado á muchos compañeros de armas entre los que acababan de llegar de Egipto con Bonaparte, y obtuvo de este el permiso de hacer con ellos el viaje á caballo. La cita se había fijado para fines de octubre en París.

(Continuará.)

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrez, 26.